

# Bibliografía

MONS. LUIS AUGUSTO CASTRO, *Santo Domingo. Guía para leer el Documento*, ed. San Pablo, Santafé de Bogotá 1993, pp.95.

Mons. Luis Augusto Castro, vicario apostólico de San Vicente - Puerto Leguizamo (Colombia), nos ofrece una guía de lecturas del Documento de Santo Domingo, que cumple su objetivo: es clara, y nos permite movernos con seguridad por los meandros de una asamblea continental en la que cuatrocientas personas, entre obispos y otros participantes cualificados, debaten sobre la situación de la fe del pueblo de Dios que está en América Latina.

Es completa, informándonos no sólo de contenidos doctrinales, sino también del desarrollo, organización y dinámica de la IV Conferencia. Recoge las consignas tanto del Documento final cuanto las del discurso inaugural de Juan Pablo II (enumera cuarenta puntos

que el Papa ofreció a la asamblea); presenta asimismo en textos paralelos los desafíos actuales de la realidad latinoamericana y la respuesta pastoral evangélica. Comenta los vacíos superados por Santo Domingo: primer anuncio, misión *ad intra*, valores, inculturación, laicos, medios de comunicación social.

Es dinámica, con un buen programa de actividades en torno a la IV Conferencia y al Documento final.

El tono es positivo, valorando cuanto nos ofrece la IV Conferencia y sus documentos finales. Escrita con amor a la Iglesia y con anhelo de construir la comunión eclesial.

Javier García

CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO, «*Pastores dabo vobis*»: *Aplicación para América Latina*, Ed. DEVYM, Santafé de Bogotá 1993, pp. 132

El consejo episcopal latinoamericano ha publicado, a través de su departamento de vocaciones y ministerios, un subsidio de ciento treinta y dos páginas en el que ofrece los análisis, las conferencias y conclusiones de la reunión de las comisiones episcopales y la organi-

zación de seminarios, acaecida en Santafé de Bogotá el otoño de 1992.

La finalidad de la reunión era asumir plenamente las directivas de la exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis* sobre la formación de los sacerdotes en la situación actual y revisar, desde

ellas, las normas básicas para la formación sacerdotal en cada país, como quedó señalado en el número 84 del Documento de Santo Domingo.

La organización general del opúsculo revela una estructura lógica y bien articulada. Se divide en tres apartados. En el primero se analiza la situación de la formación sacerdotal inicial y permanente, y la pastoral vocacional; en el segundo se presentan cinco conferencias que profundizan la *Pastores dabo vobis* y señalan sendas de aplicación para América Latina; y en el tercero se elencan cuarenta y nueve aplicaciones concretas.

Analizando la metodología, sobresale positivamente el trabajo colegial de los señores obispos y el trabajo de equipo de los presbíteros formadores. El método adoptado, al menos expositivamente, ha sido la tríade «ver», «juzgar» y «actuar». Sobre estas fases enfatizo aciertos y sombras. «Ver» presenta una variada lluvia de ideas, más que un análisis de hechos, causas y consecuencias con su discernimiento evangélico. «Juzgar» parte de una profundización de la *Pastores dabo vobis* que es, sin duda, el mejor marco de referencia objetivo. «Actuar» propone cuarenta y nueve acciones relativas a la aplicación de la *Pastores dabo vobis*, a la pastoral vocacional y a la formación sacerdotal, pero sin indicar las prioritarias.

La sección «ver» recoge sintéticamente las experiencias de las comisiones nacionales de seminarios y vocaciones. Se agrupan en ocho temáticas. Es una visión de la formación sacerdotal latinoamericana ante los desaffos del final del segundo milenio. Cabe resaltar el aumento generalizado de vocacio-

nes y el renacimiento cualitativo y cuantitativo del seminario.

La segunda parte (juzgar) presenta conferencias del Card. Pio Laghi, Mons. Néstor Herrera, Mons. Felipe Arizmendi y Mons. Jaime Henríque Chemello. Pastores de primera talla ofrecen, cada uno desde su cultura teológica, indicaciones para desvelar en toda su profundidad la *Pastores dabo vobis*, definida por Max Thurian como «el mejor resumen actual de la doctrina sobre el sacerdocio», y recorren desentrañándolos los capítulos II al VI: naturaleza y misión del sacerdote, la vida espiritual del sacerdote, la vocación sacerdotal en la pastoral de la Iglesia, la formación de los candidatos al sacerdocio, y la formación permanente de los sacerdotes.

La carta a los hebreos subraya la humanidad del ministro de Dios. Este mensaje clave nos lo hace llegar con fuerza el Santo Padre y la coral de voces sinodales. La nueva evangelización pasa inexorablemente a través de los «pastores santos». La nueva evangelización no son sólo programas pastorales renovados sino, principalmente, hombres santos.

Las conclusiones, en el tercer apartado (actuar), caen en cascada de lo general a lo particular. La prioridad, sin ánimo de simplificar demasiado, es que al hecho innegable del florecimiento de vocaciones se le debe en justicia responder con la formación específica de santos formadores de seminaristas, y con el vital acompañamiento de santos directores para los sacerdotes, jóvenes o maduros, en continua formación permanente. Centrados en esta necesidad, recalcada y hondamente sentida, deben disponerse todos los medios humanos y sobrenaturales.

Tener un consenso de ideas claras no necesariamente implica tener el coraje de llevarlas a la práctica.

Se intuye una correcta lectura desde la fe de las realidades expuestas y, aunque el opúsculo no lo subraya expresamente, la conciencia de una historia, una «memoria» de los cinco siglos de Cristo formador en tierras latinoamericanas. Desconocer el pasado de la iglesia latinoamericana como formadora de óptimas vocaciones es ponernos en situación de creernos la primera generación que se enfrenta a problemas sólo en parte nuevos.

La formulación de la primera y tercera parte es excesivamente sintética y lacónica, como

sucede generalmente en todo documento similar, y presenta una cierta sequedad, no dando razón, con la riqueza que sería necesaria, todas las explicaciones pertinentes.

La segunda parte rezuma sabiduría y buen juicio, en especial la palabra autorizada del Card. Pio Laghi, y su lectura desentraña la riqueza escondida.

Es muy de alabar toda iniciativa que tenga como finalidad ser fiel a la Iglesia de Cristo, integrar sus indicaciones, hacerlas operantes, porque no cabe duda que viene de Dios y a Él conduce.

Daniel Watt

GERMÁN DOIG KLINGE, *Guía para leer Santo Domingo*, ODEC, Lima, 1993, pp.48.

Destaca Germán Doig, laico peruano y uno de los directores del movimiento laical *Sodalitium vitae christianae*, el hecho de que la IV Conferencia fue una gran experiencia de fe del pueblo de Dios que peregrina en América Latina:

- por la intención: celebrar el quinto centenario de la llegada del Evangelio a América e impulsar una nueva evangelización, nueva en su ardor, en sus métodos y en sus expresiones;

- por el Documento final que proclama a «Cristo como Evangelio del Padre, Primer Evangelizador ayer, hoy y siempre, único Salvador del hombre en América Latina». Jesucristo es la clave de lectura del Documento; Él es la clave de lectura de la realidad latinoamericana y la clave de la praxis pastoral. En un momento en

que la sociedad se aparta cada vez más de Dios, nos invita a volver a lo esencial, a Cristo como revelador del Padre. Y al hacerlo, yo añadiría que está en perfecta continuidad con Medellín, Puebla y Vaticano II, que actualiza en el hoy de América Latina (SD 288-290), claves que permiten traducir adecuadamente los tres objetivos de la nueva evangelización, promoción humana y cultura cristiana.

- por el clima en que se desarrolló la asamblea de obispos: fue clima de oración, en la diaria liturgia eucarística, en la exposición del Santísimo a lo largo del día, en la oración del pueblo de Dios; fue clima de presencia de María: físicamente presidía el aula de las deliberaciones un cuadro de Santa María de Guadalupe, reflejado luego en las frecuentes alusiones marianas

del texto; fue clima de comunión con el Vicario de Cristo, cuya orientación en el discurso inaugural acogen, desarrollan y aplican los obispos, con los demás hermanos obispos entre sí, con todos los miembros de la asamblea y con todo el pueblo de Dios.

Muy acertadamente Germán afirma que hay que leer las líneas prioritarias del Documento a la luz de las claves de lectura, que él sintetiza en tres: anunciar a Cristo,

reconciliación y solidaridad (amor y comunión trinitarias), bajo la guía de María.

Se trata de una guía clara, que capta las líneas esenciales de la IV Conferencia y del Documento final; guía en la que palpita un anhelo de reconciliación eclesial y social, hecho vida y actitud de comunión cristiana.

*Javier García*

VITTORIO GAMBINO, *Dimensioni della formazione presbiterale, prospettive dopo il sinodo del '90 e la «Pastores dabo vobis»*, Editrice Elle Di Ci, Torino Leumann 1993, pp. 415.

En toda época de la historia la Iglesia ha sentido la necesidad de formar bien a los sacerdotes a fin de que realizaran adecuadamente su misión entre los hombres. Los modos y lugares han cambiado con el correr histórico. Han cambiado igualmente el bagaje cultural y las formas expresivas de la vida y del mensaje. No han cambiado, sin embargo, porque no pueden cambiar, la misión y su contenido.

Después de veinte siglos de historia, la Iglesia del Vaticano II ha meditado sobre la vida y formación del sacerdote en el mundo de hoy: *Presbyterorum ordinis* sobre la vida del presbítero y *Optatam totius* sobre la formación sacerdotal. En las décadas post-conciliares la Iglesia ha vuelto sobre el tema en dos asambleas del sínodo de los obispos: la de 1971 sobre el sacerdocio ministerial y la de 1990 sobre la formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales.

La tradición por un lado y el mundo de hoy por otro constituyen como el marco ideal en el

cual colocar el libro que presentamos. El P. Gambino, profesor de pedagogía de las vocaciones en la universidad salesiana de Roma, ha realizado una labor muy meritoria en su esfuerzo por trazar un proyecto formativo sacerdotal, basado en los documentos de la Sede Apostólica. A la vez ha llevado a cabo un trabajo oneroso por la amplia bibliografía consultada y la dificultad en exponer toda la riqueza que atesoran los documentos del magisterio sobre la formación sacerdotal.

El libro se compone de once capítulos, de los que resaltan el segundo (Elaboración, revisión y adaptación de un plan básico de formación) por su valor nucleante y sintético, y el tercero (Las grandes orientaciones de la Iglesia sobre la identidad y la misión del presbítero) en cuanto fundamento documental de todos los temas contenidos en la obra. Sobre estos dos pilares se levanta la armazón de los demás capítulos: Cristo, buen Pastor, como imagen ideal del sacerdote (c. IV),

la caridad pastoral en cuanto actitud aglutinante de la formación (c. VIII), los formadores (c. IX) y los criterios de acción (c. VII), el programa de formación (c. X) y como punto final la formación permanente del presbítero (c. XI). Tal vez hubiera sido útil iniciar el libro con una introducción en la que el lector pudiese captar inmediatamente el conjunto del libro y la trabazón interna que lo sostiene.

Pensando en las características sobresalientes de la obra y en algunos puntos que requerirían un mejoramiento o una mayor atención en una segunda edición, me atrevería a señalar las tres que siguen a continuación, sin interés de jerarquía alguna en la enumeración.

Resalta notablemente el afán de integralidad por parte del autor. Con esto quiero significar que sitúa la formación del sacerdote dentro de las coordenadas fundamentales de la existencia cristiana: la cristológica, la eclesiológica y la antropológica. En la primera pone de relieve el papel de Cristo buen Pastor en la formación sacerdotal; de la segunda subraya las tres grandes líneas de la eclesiología del Vaticano II, es decir, la Iglesia misterio, comunión y misión, y la orientación de la formación del clero hacia la comprensión y el amor de esa Iglesia, tal como se encarna en la Iglesia universal y en la Iglesia particular, que es la propia diócesis; en la tercera se fija principalmente en la formación humana del sacerdote, en la necesidad de un proyecto formativo y en los criterios de acción para llevar a cabo dicho proyecto. Se quiere también indicar con la integralidad el esfuerzo por abarcar todos los aspectos de la formación: espiritual, humana, intelectual, comunitaria y misionera o

pastoral. Cabe igualmente notar que estos elementos integrantes de la formación reciben unidad y cohesión intencional en la imagen de Cristo Pastor y en la caridad pastoral, y unidad y cohesión operativa en el proyecto formativo del seminario y el programa de formación anual tanto del seminario como del seminarista. Para una futura reedición sugeriría una mayor sobriedad y ceñimiento en el desarrollo de los diversos temas, con lo que, a mi parecer, ganaría la exposición en claridad, coherencia interna y densidad de contenido.

Gran realce da el P. Gambino, en segundo lugar, a la «pastoralidad» de toda la formación sacerdotal. Pastoralidad que se ha de reflejar en el conjunto del proyecto y que ha de ser buscada conscientemente por todos los formadores del seminario, al igual que por los formandos, en un clima de comunión y de colaboración. En el seminario no se forman profesores ni investigadores sino pastores de la Iglesia al contacto inmediato y al servicio concreto de una comunidad cristiana. El autor no se queda en la propuesta genérica, sino que se esfuerza por encarnarlo en las diversas áreas de la formación sacerdotal, en el estilo pastoral de los diversos formadores. Y lo hace con buen acierto. Esta pastoralidad, sin embargo, no menoscaba en modo alguno -ni hay razón para ello- la solidez del proyecto formativo y la seriedad y responsabilidad en la ejecución del mismo por parte de todos los protagonistas de la formación.

Una última indicación importante es la riqueza documental de la obra. Dan fe de ello la lista de los documentos de la Sede Apostólica puesta al inicio del volumen (pp. 7-14), la abundante y

actualizada bibliografía, elencada en las últimas páginas (pp. 393-409) y las numerosas notas reportadas en cada uno de los capítulos. El libro puede considerarse, sin que lo haya pretendido el autor, un *vademecum* para el conocimiento de las grandes líneas de interpretación, profundización y actuación de la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*. Hubiese deseado por mi parte que Don Gambino hubiese hecho una referencia más explícita, en el área intelectual, a la importancia y necesidad de una sólida formación filo-

sófica, tal como se esboza en el número cincuenta y dos de la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*.

El libro será muy útil para todos los que han recibido el encargo de ser formadores en el seminario, para los mismos seminaristas y también para los sacerdotes que desean aplicarse con ilusión y generosidad a la formación permanente.

Antonio Izquierdo

RAMÓN LUCAS LUCAS, *L'uomo, spirito incarnato (compendio di filosofia dell'uomo)*, Edizioni Paoline, Cinisello Balsamo 1993,

El proyecto de una investigación sobre la filosofía del hombre pone en movimiento una serie muy compleja de operaciones gnoseológicas y antropológicas. El autor del texto es consciente de ello. Fruto de su experiencia didáctica en la Universidad Gregoriana, la finalidad de la obra es prevalentemente pedagógica y se dirige principalmente a estudiantes y a todo aquél que, fuera de un ambiente estrictamente filosófico, quiera saber qué es el hombre. Se trata de una obra que, al análisis histórico y especulativo de los problemas, incorpora una reflexión ética. Por eso es una lectura aconsejable para el gran público.

En el desarrollo del tema: «El hombre, espíritu encarnado», se pueden seguir -escribe el autor- varias tentativas. Un primer tipo de filosofía del hombre podría tener como tema la *res cogitans*. Ésta considera al hombre sobre todo como un ser objetivo-natural, perteneciente al mundo de la naturaleza

y hecho específico por su ser racional. Pero la experiencia demuestra que el intento de una filosofía del hombre deductiva, a partir del *cogito ergo sum*, como querían los racionalistas, ha sido superado. Existe un segundo tipo de filosofía del hombre, que el autor indica como filosofía del «espíritu encarnado», por el cual se considera al hombre primordialmente como sujeto personal, consciente de sí y de su existencia encarnada. Este ángulo de vista privilegia el aspecto existencial y personalístico, e insiste en el tema de «estar en el mundo» a través de un cuerpo.

Con gran claridad y declarada finalidad didáctica, el autor divide el texto en tres partes e indica los esquemas generales de su investigación. En la primera parte del libro se estudian las actividades psíquicas del hombre, que van del primario nivel biológico (caps. 1 y 2), al conocimiento humano (cap. 3), a la voluntad libre (cap. 4), a la afectividad y los sentimientos (cap.

5). En la segunda parte se enfrentan las dimensiones fundamentales del hombre: corporeidad (cap. 6), historicidad (cap. 7) e intersubjetividad (cap. 8). La tercera parte, en mi opinión la que más hondamente nos llega, bajo el título «El hombre como persona» ofrece el intento de elaboración de una metafísica del ser humano. Hace frente a interrogantes como: ¿por qué el hombre tiene un valor y una dignidad cuasi infinita? (cap. 9); ¿por qué es un ser espiritual? (cap. 10); el embrión humano, ¿es persona humana? (cap. 11); ¿cuál es el significado de la muerte humana, y cuál el destino del hombre más allá de la muerte? (caps. 12-13).

La sensibilidad del autor hacia el aspecto didáctico le ha llevado a proveer la obra con esquemas-resúmenes al final de cada capítulo, y con un glosario-compendio colocado al final del libro. *Nova erigere, vetera conservare*. Bajo la apariencia de un aspecto «clásico», el autor ha querido integrar el gran dinamismo de la antropología contemporánea, de la cual muestra amplio conocimiento.

El lenguaje y el acercamiento existenciales del tema le abren las puertas al diálogo con pensadores «no clásicos».

En un tiempo de crisis en que la filosofía parece presentarse fácilmente como descripción de una supuesta evidencia de objetividad, el autor indica cómo en la pregunta antropológica y filosófica del hombre sea necesario, sobre todo, abstraerse a los mecanismos de un mundo integrado en la idea de función, con sus perversos tonos de lógica funcional por encima y más allá de cualquier lógica de valor. El autor se pregunta qué ha pasado con el hombre de Sócrates, de San

Agustín, de Boecio, de Descartes; ésta es su constatación histórica: «se ha disuelto en una entidad genérica y universal como el Espíritu Absoluto, la Materia, el Inconsciente, etc.» (cap. 8). Junto con el hombre, la misma dimensión de la trascendencia parece haberse disuelto, abandonando el mundo de la vida a la tiranía del esquematizante intelecto lógico y a la humanidad humillada a solo materia. Se entiende por ello que el drama existencial del espíritu humano sea determinante para el método a seguir.

Con claridad y rigor lógico, el autor se pregunta sobre el método que hay que seguir en esta investigación filosófica «del espíritu encarnado». El método fenomenológico-reflexivo exige un análisis de la realidad y, al mismo tiempo, una reflexión crítica de la misma. El análisis fenomenológico-reflexivo no comienza con una deducción *a priori*, sino que es de carácter inductivo en cuanto analiza los fenómenos en su dimensión más profunda con el fin de comprender sus últimas causas. Éste es puesto en acto por el sujeto, quien en su vida experimenta tanto el límite como lo ilimitado, su dimensión mundana y la profunda trascendencia. El método permite, por tanto, evitar caídas en el abstractismo, desprendido de la experiencia completa del hombre.

La pregunta más radical que el método fenomenológico-reflexivo actúa es la que se refiere al sentido del ser, cuya última cifra es el misterio por el cual el hombre se eleva a la «palabra» del Ser, moviéndose por los trayectos del fundamento ontológico del propio existir. El acto del ser es, en este sentido, el fundamento de la reali-

dad; en la medida en que el hombre participa del Ser (cap. 9) se vuelve a encontrar como ser espiritual, como sujeto libre. El espíritu humano, a fuerza de la «participación metafísica», está constituido, en el ámbito del orden ético-existencial, como un ser de libertad. El hombre es espíritu encarnado que realiza la propia existencia desde la misma componente orgánico-biológica, subiendo por los grados del ser hasta los actos cognoscitivo-volitivos. En un tiempo como el nuestro, carente de valores personales y sociales, volver a proponer la exhortación de San Pablo al amor (como hace el autor en el capítulo 4), suena como un «imperativo categórico»: solamente quien responde al mandato del amor, ama la libertad del otro, experimenta las propias posibilidades y sus límites, por lo que su obrar comunicativo se expresa como diálogo entre sujetos; un diálogo que es esencial y constituye la naturale-

za misma de la sexualidad humana. En este punto es necesario reavivar la importancia de la reflexión ética, del análisis antropológico hecho por el autor sobre la sexualidad humana (cap. 6) y sobre la naturaleza ontológica del embrión humano (cap. 11).

Quisiera, finalmente, señalar la posibilidad proyectada por el autor en el último capítulo de su trabajo (cap. 13) de poder tener unidas dos realidades que parecerían en contraposición: la temporalidad y la inmortalidad. En esta perspectiva ontológica de dualidad y no de dualismo, se comprende cómo el ser espiritual pueda subsistir y al mismo tiempo la resurrección pueda «pensarse» como «recuperación» de aquella unidad en la dualidad de principios.

*Guido Traversa*